



NUM. 29. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; y un año 80 rs.

MADRID 17 DE JULIO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



durante la semana anterior se inauguraron las obras del ferro-carril de Alcázar de San Juan al Quintanar de la Orden. Fueron convidados por la empresa los representantes de la prensa política y los de dos ó tres periódicos especiales, además de las autoridades locales, diputados á Cór-

tes y otras personas importantes, entre las cuales escusado es decir que no nos contamos nosotros. No vaya á creerse que fuimos de los convidados, y que por eso nos damos importancia. La inauguración en su parte, digámoslo así, oficial, se redujo á echar una paletada de tierra, llevada en un carretoncillo de caoba, en el sitio donde deben comenzar las obras y á leer el gobernador un discurso que llevaba preparado, sobre cuya sustancia se callan los periódicos que han hablado del asunto y que no han querido transmitirnos sus bellezas. Solamente por noticias particulares sabemos que habló de las escelencias del vapor y de las leyes de la elasticidad. En cuanto al almuerzo y á la comida, con los cuales se solemnizó tan fausto acontecimiento, los diarios, bien informados se estienden en elogios dignos de estómagos agradecidos. Parece, en efecto, que tanto en uno como en otro banquete brillaron el buen gusto y la esplendidez de la empresa, y que si sabe hacer caminos de hierro como entiende de dar de comer, el ferro-carril de Alcázar al Quintanar será uno de los mejor construidos de España. Una muchedumbre inmensa de pueblo asistió al acto, y al despedirse los convidados para volver á Madrid, la multitud les saludó con entusiastas vivas, mientras la música tocaba el himno popular que desde hace cuarenta y cuatro años viene siendo la expresión del entusiasmo público.

El instituto industrial ha enviado á Bayona por el tren

del Norte y para que figuren en la esposicion internacional 89 dibujos de arquitectura, albañilería, cerrajería, maquinaria, tapicería y vidrieras, que son de bastante mérito, y llegaron á punto para el día de la apertura. Mientras podemos decir algo del aspecto general y de las particularidades de aquella esposicion, hablaremos del gran descubrimiento que últimamente han hecho los franceses. ¡Estos franceses son el diablo! Pues señor, parece que han descubierto que la remolacha blanca de Silesia tiene propiedades lactíferas mayores que la remolacha comun colorada de nuestras zonas. Dando remolacha á las vacas lecheras, se les hace producir mas leche; pero si la remolacha es blanca, el aumento del precioso liquido es muy grande. Como la remolacha es planta que contiene azúcar, y como la silesiana es mas azucarada que la otra, se sigue de aquí que el azúcar es un gran elemento promovedor de la leche en el ganado vacuno. Sirva esto de aviso á los que tengan vacas; y como ya alguna vez de estos animales se han tomado remedios para aplicarlos á las personas, (testigo la vacuna) no seria malo que se estendiese tambien el ensayo á las amas de cria. El padre que vea encanijado á su tierno vástago por escasez de leche en el ama, debe hacer que ésta coma á todo pasto ensaladas de remolacha blanca de Silesia, por mas que ella le pida jamon y ternera. Todo aquel que haga el ensayo tiene abiertas las columnas de El Museo para comunicarnos el resultado: así veremos si sobrepujamos á los franceses en esto de hacer descubrimientos útiles. Todo el valle de Pas y toda la montaña de Asturias nos estarían agradecidos si saliera bien el experimento; y especialmente tendríamos la gratitud de todos aquellos padres de familia, cuyas conjuntas personas no pueden ó no quieren criar sus hijos por sí mismas.

Dícese tambien, aunque de esto no estamos muy seguros, que la remolacha dada como alimento modera el genio de las vacas si es bravío, y las vuelve blandas y mansas como corderos. Si esto fuera verdad ¡qué descubrimiento para aplicado á la mas hermosa mitad del género humano! Hay en efecto mujeres á quienes convendría someter á este régimen para curarles el genio sardesco. Y á propósito, ¿saben ustedes la etimología de la palabra *sardesco*? Por si no la saben, se la vamos á referir hoy que estamos despacio y no tenemos que hacer otra cosa. Habia en otro tiempo un señor polaco, que se llamaba Sardeski, el cual, habiéndose casado y no pudiendo resistir á su mujer la señora Sardeska,

quiso vender su alma al diablo. Satanás, príncipe de los demonios, eligió á Mefistofeles para que en su nombre pasara á verse con el señor Sardeski y redactara el contrato. Hizose éste sobre poco mas ó menos en los términos siguientes: Artículo 1.º el diablo con todos sus servidores estará á disposicion del señor Sardeski para cuanto guste mandar por espacio de dos años: Artículo 2.º terminado este plazo, el señor Sardeski se trasladará á Roma, donde el diablo pasará á hacerse cargo de su alma: Artículo 3.º antes, sin embargo, de apoderarse de ella, el diablo tendrá obligacion de hacer sin réplica y al pie de la letra las tres cosas que el señor Sardeski le mandare. Seguian despues las condiciones del juicio de árbitros y demás de estilo, y concluia el contrato con la firma de ambos contratantes.

Quedó, pues, el señor Sardeski por espacio de dos años investido de todo el poder del demonio, del cual se aprovechó para hacer mil diabluras, siempre que su mujer le daba lugar á ello. Cada vez que la señora Sardeska mostraba sus cualidades armándole una contienda, el señor Sardeski se volvía invisible, evocaba los demonios, les hacia trabajar, construirle en dos horas un palacio y jardines, llenarlos de riquezas, de flores, de luces, de músicas, de convidados; mandaba poner la mesa y aperebir los mas exquisitos manjares; y entre la música y el vino olvidaba los disgustos domésticos. Así pasaron siete años; y el señor Sardeski lo mismo se acordaba de cumplir el contrato hecho con Satanás, que de la reina Ginebra. Un día, despues de una escena con su mujer, tomó el sombrero y se salió á pasear al campo, andando por mucho tiempo sin rumbo fijo. Vínole al fin gana de descansar, y viendo á lo lejos una casa á modo de hostería ó taberna, se dirigió á ella. Era un merendero por el estilo de los de Tetuan, solo que tenia otro nombre. Sobre la puerta se veía pintado un caballo, y debajo un rótulo que el señor Sardeski no se detuvo á leer. Entró en la sala y pidió una copa de aguardiente de Dantzic, y habiéndole respondido que no le habia, llamó á un zapatero que en un rincon estaba comiendo una chuleta; mandó que le trajesen un vaso y un tubo de cristal; aplicó un extremo del tubo al vaso, y el otro extremo á la cabeza del zapatero; dió en ella un golpecito; y glu-glu-glu, empezó á salir aguardiente exquisito de Dantzic á mas y mejor. Luego que se hubo llenado el vaso, levantó el señor Sardeski á la altura de los labios y probó un sorbo, despues de lo cual le miró al trasluz y notó que se iba poniendo turbio. Dejólo sobre la mesa

miró y vió que del fondo del vaso salía una figura extraña que saltando sobre la mesa creció tres pies y tomó todo el aspecto del diablo Mefistofeles.—Buenas tardes, amigo Sardeski, dijo el diablo corriendo á abrazarle.—Poco á poco, exclamó Sardeski, no es tiempo todavía.—¡Que no es tiempo! repuso Mefistofeles: han pasado siete años desde que firmaste el contrato.—Sí, pero es en Roma donde debo entregaros mi alma.—Es verdad, añadió el diablo; pero mira, esta hostería se llama Roma: ahí tienes el rótulo debajo del caballo. Caíste, amigo mio, y es preciso que cumplas tus compromisos como hombre de honor.

No había gran cosa que replicar á este endiablado discurso; sin embargo, ocurriósele á Sardeski una idea diabólica:—Amigo Mefistofeles, le dijo, ya recordarás que por el artículo 3.º de nuestro convenio, estás obligado á hacer tres cosas que yo te mande, antes de tomar posesion de mi alma.—Cierto, dijo Mefistofeles, y estoy dispuesto á hacerlas para dar una muestra de mi probidad y buena fe.—Pues lo primero que te mando es que me ensilles y dispongas ese caballo que está pintado, y mientras yo doy en él un paseo, me construyas un palacio todo de cáscaras de avellana, que tenga por tejado barbas de judíos.—No hay inconveniente, exclamó el diablo, otras cosas hay mas difíciles: y en efecto, al cabo de algunos minutos, tenía ya el señor Sardeski su caballo listo y ensillado: subió en él, le puso al trote, y luego al galope, y al volver la cabeza se vió el palacio completamente levantado, sin que le faltase ni un pelo ni una sola cáscara.—Apeóse Sardeski y le dijo el diablo: veamos cuál es la segunda cosa que me mandas. Rascóse un poco en la cabeza el polaco, y dijo:—Lo segundo que quiero que hagas, es que tomes un baño en la pila del agua bendita de esa ermita contigua. Pegó un respingo Mefistofeles é hizo un gesto endemoniado.—¡Cuidado con replicar! dijo Sardeski, porque entonces es nulo el contrato con arreglo al artículo 3.º El diablo bajó la cabeza, y haciendo gestos se fué hácia la pila: una vez allí, cerró los ojos y se metió hasta el cuello de un golpe, saliendo al cabo de un minuto como lanzado por una bala de cañon.—¡Brrrr! exclamó, nunca he tomado un baño mas desagradable: acabemos, y dime cuál es el tercero y último mandato.—Lo tercero, repuso Sardeski, es que mientras yo voy á ocupar tu lugar al lado de Satanás, te quedés tú con mi mujer por espacio de un año, obediéndola en todo, viviendo con ella como esposo, enamorándola y diciéndole ternezas. El diablo que oyó esto, tomó el sombrero y se encaminó á la puerta.—Oye, Mefistofeles, gritó Sardeski corriendo detrás y alcanzándole, mira que si no lo haces, el contrato es nulo.—Pero Mefistofeles procuraba huir por todos los medios. Sardeski cerró la puerta y las ventanas, y trató de obligarle haciendo llamar á la señora Sardeska, la cual se presentó en el acto; pero el diablo, viendo que la cosa iba de veras, se escapó por la cerradura, y no paró de correr hasta el infierno.

Tal es la etimología de la palabra sardesca, segun hemos podido colegir consultando graves autores. Hay quien añade que la señora Sardeska era sobre toda ponderacion fea, y nosotros lo creemos, porque las hermosas no tienen motivo para ser sardescas. Asi apenas hay una sardesca española: y Mefistofeles se las lleva á centenares sin necesidad de que le obliguen á ello por contrato.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ANUARIO PERPETUO DE FLORICULTURA.

JULIO.

La primavera ha pasado y Apolo esparce sus ardientes rayos perpendicularmente sobre la tierra. Por esta razon los fuertes calores se dejan sentir con toda intensidad y la vegetacion estimulada sucesivamente por este aumento de la temperatura, ayudado de la conveniente humedad, se prepara á cumplir con la maduracion de los frutos, la última y la mas elevada mision que la previsora naturaleza ha confiado á estos seres organizados.

Las guindas, los albaricoques tempranos, las peritas llamadas de San Juan y la moscatel pequeña se encuentran, en la region central, en toda la fuerza de su maduracion. Las cerezas y los muy sabrosos albaricoques de Nanci ostentan ya sus madurados frutos.

En esta época los paseos matutinos por las orillas del mar nos ofrecen las mas agradables distracciones y las suaves brisas que recorren la campiña, refrescan y purifican el ambiente neutralizando á la vez los naturales efectos del caluroso estío.

Mirad allá á lo lejos y vereis el ardiente globo del sol que saliendo de las ondas, borda y perfila la cima de la montaña, y al avanzar magestuosamente hácia la tierra, le vereis esparcir los rayos de su lumbre por el fron-

doso valle y despertar con suave dulzura á la naturaleza de su nocturno adormecimiento. Hácia la misma parte por donde habeis visto salir el sol, tal vez notareis un pequeñísimo punto en el espacio que parece que se mueve y que al principio no distinguireis bien, á no ser que esteis acostumbrados y tengais muy ejercitada la vista en las cosas de la mar. Mas á medida que se vaya acercando, entonces ya percibireis clara y distintamente que el objeto que llamó vuestra atencion, no es otra sino un esbulto velámen que sale de entre las aguas, pero sin que á vuestra vista le sea dado aun distinguir el casco del buque cuyas velas riza el viento. Con todo, si estimulados por la curiosidad, que es en la mayoría de los casos el origen del saber, proseguís vuestra observacion, al cabo de poco tiempo se os presentará por completo la graciosa nave que balanceándose sobre las espumosas olas, surca ligera el anchuroso mar dirigiendo su rumbo hácia la playa.

Esta amena contemplacion de la salida del sol y de la aparicion de la nave, os va á recordar una cosa que ya sabeis, pero que tendreis sumo gusto en ver demostrada prácticamente por medio de estos ejemplos tan naturales como sencillos.

Ninguno de vosotros duda ya de que la tierra es casi esférica, y sabe tambien que en la antigüedad por el contrario se creyó que era plana y que carecia de todo movimiento. Ahora bien, el ejemplo mas patente para comprobar que la tierra es casi redonda, y el medio mas fácil de que podais hacer comprender á aquellas personas sencillas que aun duden ó desconozcan esta forma del planeta en que habitamos, es hacerlas observar cómo aparece y se oculta el sol ante nuestra vista, cómo se divisan las embarcaciones desde la costa y la muy corta estension de tierras que nos es dado descubrir, aunque nos coloquemos á una grande altura y poseamos un buen antejo.

Efectivamente, si la tierra fuese plana, cuando desde la playa divisamos un buque, á la vez que se ven sus mástiles, deberia distinguirse tambien su casco; mas la convexidad de la parte de mar que se estiende entre nosotros y la embarcacion, es la que nos le oculta hasta tanto que se coloca á nuestra altura y llega á nivelarse con el sitio en que nos encontramos. Y si la tierra fuese plana, al situarnos en una grande elevacion, y suponiendo que nuestra vista tuviese la suficiente fuerza de actividad, deberíamos de ver exactamente la mitad; cosa que no puede de ninguna manera suceder porque la curvatura de la tierra lo dificulta y no nos permite distinguir aun en estas grandes alturas sino un horizonte muy limitado.

En este mes todas las aves encuentran por do quiera abundante sustento y la nueva prole que há poco salió del nido, se separa de los padres y vive ya á sus propias espensas eligiendo los sitios mas adecuados á sus necesidades y costumbres. La inmensa turba de insectos que recorre los campos y puebla la atmósfera, y la gran cantidad de semillas de las muchísimas plantas que ya han fructificado, proporcionan este crecido lujo de alimentacion á los tiernos cantores de las selvas.

El día 1.º sale el sol á las cuatro y treinta y tres minutos, pasa por el meridiano á las doce horas tres minutos y treinta y cinco segundos, se pone á las siete y treinta y cuatro y está sobre el horizonte quince horas y un minuto. El día 15 se nos presenta ya á las cuatro y cuarenta y dos, llega al meridiano á las doce horas, cinco minutos y cuarenta y un segundo, se oscurece á las siete y veinte y nueve y nos alumbra por espacio de catorce horas y cuarenta y siete minutos. Por último, el día 31 no le vemos aparecer hasta las cuatro y cincuenta y seis, pasando por el meridiano á las doce horas, seis minutos y cinco segundos, estando por consiguiente sobre el horizonte catorce horas y veinte minutos.

Ya recordareis que al verificarse el *solsticio estival* los días 21 y 22 de junio fueron los mas largos del año; mas al poco de entrar el sol en el signo de *cáncer*, el astro luminoso, no solo detiene su carrera, sino que vuelve á desandar el camino que habia seguido hasta allí dirigiéndose en descenso hácia el *ecuador*. Por esta causa notareis que en el presente mes el día comienza á acortar visiblemente, llegando á disminuir en todo el trascurso de julio cuarenta y cuatro minutos, veinte y cuatro por las mañanas y veinte por las tardes. Con todo nos hallamos en pleno verano y muy próximos á entrar en la mayor fuerza del *estío*. El 22 de julio aparece el sol en el signo de *Leo* y la hermosísima *Sirio*, la mas brillante estrella entre las de primera magnitud, que si quereis admirar su belleza, la encontrareis situada en la boca del *can mayor*, sale y se pone con el astro del día. Desde este momento mismo principia la canícula.

En el artículo anterior os ofrecimos decir dos palabras acerca de la fecundacion artificial de las plantas, operacion por medio de la cual podeis obtener vegetales nuevos, embellecer mucho mas vuestras flores haciéndolas cambiar de forma y color aumentando tambien su número y tamaño, y hasta trasformar el sabor y aun la forma de vuestros frutos y legumbres.

¡Cuán grande y dadivoso se nos presenta en estos casos el supremo poder de la creacion, permitiendo al hombre que por su destello divino pueda llegar hasta la mutacion de las obras de la misma naturaleza!...

Lástima es, en verdad, que no podamos disponer del suficiente espacio para tratar esta interesante materia con la estension que su grande importancia requiere, puesto que es necesario que tengais presente que andando el tiempo, los resultados de esta operacion han de resolver uno de los mas grandes y trascendentales problemas de la ciencia, cual es *el origen de las especies*. Mas por ahora forzosamente nos contentaremos con manifestaros algunas ideas muy generales acerca de la fecundacion artificial, á fin de que podais comprender fácilmente la forma esencial de esta curiosa manipulacion.

Tratándose de conseguir por medio de la fecundacion artificial el que dos plantas de especies diferentes, pero de un mismo género, produzcan vegetales nuevos que reunan en si los diversos caracteres de las especies de donde proceden, lo primero que habeis de tener presente antes de verificar la operacion, es que exista entre las plantas la mas íntima analogía posible, porque de esta manera vuestros experimentos no fracasarán, pues que habreis comenzado por las esperiencias mas sencillas, cuyos resultados se encuentran ya demostrados por la práctica. Algunos conocimientos de la organizacion de los vegetales sobre los que vais á operar, el sitio adecuado para colocar las plantas y los cuidados de que necesitan, los útiles ó instrumentos indispensables para verificar la operacion y un poco de habilidad, paciencia y perseverancia, constituyen en compendio lo que necesitais y lo que debeis saber para cumplir satisfactoriamente vuestro propósito.

Siendo la flor la parte del vegetal en que vais á operar, es preciso que tengais presente todo lo que en otra ocasion os manifestamos cuando os dimos á conocer los *estambres*, como órganos masculinos y los *pistilos* como órganos femeninos. Aunque entonces espusimos, si bien muy sucintamente, los principales caracteres de los órganos sexuales, bueno será que ahora ampliemos un poco mas esta materia haciéndo conocer, que se ha dado por los botánicos el nombre de plantas ó vegetales *monoicos*, á aquellos que constan de flores masculinas y femeninas; es decir, flores que unas tienen solamente estambres y otras tienen pistilos, pero con la particularidad de que ambas flores se encuentran en un mismo pie de planta. Asi como han denominado *dioicas*, á las que por el contrario tienen dos pies distintos, llevando en uno las flores masculinas y en el otro las flores femeninas. Curiosa particularidad que vosotros ya habreis observado y que sucede con la palmera, con el cáñamo y con otras muchas plantas. Por último han llamado *poligamos* á todos los vegetales que en un mismo pie de planta tienen flores masculinas, femeninas y hermafroditas. Las flores hermafroditas ya recordareis que son las que tienen estambres y pistilos.

Comprendida ya esta especie de clasificacion, lo mas esencial para vosotros es que os acostumbréis á reconocer y á distinguir á simple vista los órganos sexuales sea cual fuere la clase de flor que se os presente, y que llegueis á adquirir en esto la mayor práctica posible.

El sitio en donde lleveis á cabo la fecundacion artificial, deberá ser dentro de una habitacion aislada del jardín, huerta ó invernadero, porque las plantas que vais á someter á esta operacion se han de encontrar completamente incomunicadas y fuera de la influencia de las demás de su género y especie. Las razones que forzosamente obligan á hacerlo asi desde luego las comprendereis, si teneis en cuenta que vuestras plantas pueden ser fecundadas por el *pólen* de los vegetales del mismo género y especie que crezcan inmediatos á ellas y que por el aire, los insectos y aun pegado á vuestros vestidos, se puede trasportar á grandes distancias este mismo polvillo fecundante. Causa, por la cual, además de otras precauciones que despues os encargaremos, elegireis para ello un cuarto, algun tanto retirado, que tenga buena luz y algo de sol, pero si ser puede, que la ventana ó balcon se encuentre á la parte opuesta al sitio en que habitualmente crezcan iguales plantas á las que vais á fecundar para que el viento no pueda llevar directamente las particulillas impalpables del pólen. Si esta operacion la ejecutáseis en grande escala, tendrais que destinar para ello una pequeña estufa ó invernadero, segun el clima y clase de plantas, y si vuestros experimentos tuvieren el carácter esencialmente científico, edificareis una *estufa de hybridacion*.

Mas para ensayos en pequeño, que los podais ejecutar muy bien dentro de la misma casa en que habitais, no necesitais de nada de esto; y si quereis, por ejemplo, fecundar artificialmente vuestros pelargonios ó geranios, con separarlos y llevarlos á otra habitacion y tener el cuidado de cortar sus flores cuando aun estén en capullo, habreis conseguido en un todo vuestro objeto.

Los instrumentos apropiados para esta operacion consisten en unas tijeras pequeñas que corten bien, un escarpelo muy fino, un cuchillete con su espátula y varias pinzas; los cuales podreis reducir si no teneis otra cosa para verificar vuestros experimentos en pequeño, á unas tijeras, unas pinzas muy finas y á un cortaplumas bien afilado. Con todo, seria muy conveniente que os proporcionáseis una *caja de instrumentos para la fecundacion artificial*.

Una vez que ya estais impuestos en todos los porme-

nores mas esenciales, solo os resta saber el cómo se ejecuta esta operacion.

Supongamos por un momento que deseais variar vuestras colecciones de pelargonios, de rosales, de claveles, y demás. Pues bien, para mayor comodidad todos los individuos ó vegetales de cada una de estas colecciones plantados de antemano en su época correspondiente, los tendreis convenientemente distribuidos por separado en varias macetas. A medida que en cada uno de ellos se acerque la época de su florecencia y cuando tengais ya perceptibles los botoncitos de la flor, entonces los ireis separando de los demás y los llevareis á vuestro gabinete para que allí abran por completo sus flores. Asi que esto suceda, y cuando veais que se demuestran claramente los órganos sexuales, tomareis las tijeras y cortareis con sumo cuidado las cabecitas de los estambres ó sean las *anteras* de todas las flores que tenga la planta, si bien debeis procurar que no sean muchas, porque os bastan á lo sumo con media docena de flores para vuestro propósito y por consiguiente es preciso que arranqueis todas las demás. Acto continuo, con las *pinzas* sacareis los hilillos y cabecitas de los estambres que hubiesen podido caer dentro de la *corola* ó entre las hojas de la planta y los destruiréis completamente. A la vez que verificais esto, preparareis tambien otra ú otras macetas que tengan tambien flores y cuyas plantas sean del mismo género, es decir, si en las que vais á operar fuesen claveles, claveles; si rosales, rosales y así con todas las demás; y tan pronto como observeis que los pistilos ú órganos femeninos del vegetal que deseais fecundar artificialmente, se encuentran suficientemente desarrollados, entonces cortareis con sumo cuidado los estambres de las otras flores que ya tengan pólen y lo dejareis caer muy suavemente sobre los pistilos de la flor que de antemano habeis *castrado* cortándola sus estambres. Esta manipulacion la ejecutareis sucesivamente con todas las flores que habeis dejado en la planta, despues de lo cual podreis tapar la flor con un cucuruchito de papel para que el aire ó la humedad no os arrastren el pólen y aun podeis tambien dejar despues metidos dentro del cucuruchito otros nuevos estambres que aun no hayan perdido su póvillo fecundante. Tampoco estará demás para que asegureis mas y mas el éxito de esta operacion que la repitais varias veces interin noteis que los órganos sexuales se encuentran en toda la fuerza de su actividad.

Los cuidados que reclaman las plantas durante este período, consisten en proporcionarles una temperatura media y constante á fin de que ni el excesivo calor arrebaté las flores ni sufran tampoco violentas transacciones del calor al frio, alejando todo lo que les pudiera perjudicar en tan críticos momentos.

Esto, ayudado de la conveniente humedad y de tener cuidado al regar las plantas de que no caiga el agua dentro de las flores así como el de arrancar todos los botones florales tan pronto como se manifiesten no dejando mas que las que habeis fecundado os aseguraran, á no dudarlo, el éxito de esta entretenida y curiosa operacion. Estas plantas las colocareis despues en un sitio separado de las demás para aguardar los resultados y repetir la operacion cuantas veces fuere necesario hasta conseguir definitivamente el objeto.

Muchas de las flores de vuestros jardines se habrán ya agostado, en cuyo caso concluireis de trasplantar de asiento las plantas anuales que habeis sembrado en mayo y de esta manera tendreis pobladas vuestras plantaciones de vistosas flores, en el otoño, lo mismo que lo estuvieron en la primavera y parte del verano. Las rozas de las malas yerbas y los abundantes riegos de pie los repetireis con frecuencia. Tambien podeis principiar á coger las semillas de las primeras plantas anuales que hayan florecido, como los guisantes de olor, los carraspiques blancos y morados, espuelas y demás, asegurándose antes si se encuentran ya maduras. Al principio del mes debereis injertar de escudete y al *vivir* los naranjos, limoneros, cidras y limas y todos los frutales y arbustos de adorno que hubiéseis dejado por injertar en el mes anterior, no demorando esta operacion, pues por poco que ya tardeis en verificarla se habrá pasado la estacion oportuna y habreis perdido el tiempo y el trabajo. Hacia mediados de julio debeis ya visitar las injerteras y aflojar el *atillo* ó *atadero* de los injertos que se encuentren brotados y cuando sus tallos tengan unas dos pulgadas de largo, si bien no los aflojareis del todo á fin de que la union del injerto con el patron adquiera la mayor solidez. Porque habeis de tener presente que á los veinte ó veinte y cinco dias de echados los injertos, habrán brotado todos los que no se hubiesen perdido.

En las estufas calientes de la region central seguirán entreabiertas las vidrieras, debiendo estar dispuestas de manera que el sol no penetre de lleno en su interior; los riegos serán frecuentes y las plantas se refrescarán y limpiarán del polvo con una bombita de mano, á cuya estremidad se adaptará una lluvia como las de las regaderas. En las estufas calientes de la region del Norte, se proporcionará la ventilacion compatible con las variaciones atmosféricas.

MELITON ATIENZA Y SIRVEAT.

ESTUDIOS DE ADMINISTRACION PUBLICA.

(CONTINUACION.)

Pero prescindiendo de esta cuestion de detalle, cuya importancia es tan pequeña como nuestra opinion humilde, entremos á ocuparnos de la administracion, como activa y como contenciosa. Se dice que es activa cuando obra por voluntad propia, ya sea dictando leyes, ya procurando su cumplimiento, ya fomentando por cualquier medio los intereses del país; es contenciosa cuando obra por medio de tribunales con su tramitacion esclusiva y en asuntos puramente administrativos: de aquí nace lo contencioso-administrativo, cuyo procedimiento veremos mas adelante, y cuya necesidad nos ha probado un distinguido publicista extranjero (1), con tales argumentos y razones que, como dice otro de nuestro país, presentarlos bajo otra forma, seria probablemente hacerlos perder su fuerza.

«Supongamos, dice, que no hubiera contencioso-administrativo: entonces, cuando el rey en virtud del poder que la Constitucion le da de hacer los reglamentos necesarios para la seguridad del Estado, hubiera tomado una medida que perjudicara á los derechos particulares, habria ó que prohibir toda clase de reclamaciones á los perjudicados, lo que seria una injusticia, ó someter semejantes actos á los tribunales. Esto podria producir las consecuencias mas desastrosas, porque hombres extraños á la administracion pública y de miras tan estrechas á veces, que no se entendieran mas allá de los límites de su jurisdiccion, podrian detener la ejecucion de una medida, de la cual dependiera la salud del Estado. Asi en el caso de que el rey en su solicitud hubiera juzgado conveniente á la seguridad del Estado, y dado las órdenes para fortificar un pueblo abierto, si los propietarios de los terrenos que debian ocupar las nuevas fortificaciones se opusieran á la ejecucion de la obra el gobierno se veria en la precision de defenderse ante los tribunales, y en ellos, como nadie puede ser expropiado sino por causa de utilidad pública, deberia ventilarse la cuestion de si las relaciones de amistad con los Estados vecinos hacian ó no supérflua semejante precaucion. Otro ejemplo: pone el gobierno en accion la fuerza pública: una compañía mercantil contrata la obligacion de dar todos los suministros al ejército, pero la cumple tan mal, que llega á faltar al soldado lo mas necesario; de modo que el único medio de salvar al Estado, es la anulacion del contrato hecho con la compañía. Pero si por el principio general de que todas las convenciones están bajo la salvaguardia de las leyes y de los magistrados, que son sus órganos, se sometiera este asunto á los tribunales y se arreglara á la forma de un procedimiento ordinario, todo se perderia, porque el ejército dejaria de existir mucho antes que el juicio estuviera definitivamente resuelto.

La ley suprema, la ley ante la cual todas deben callar, la salud del Estado autoriza al gobierno á constituirse juez en su propia causa, á anular él mismo el contrato que celebró, y á sustituir sin formas de procedimientos, abastecedores vigilantes y de buena fe á una compañía infiel ó negligente. Ahora pregunto yo á los que rechazan la idea de lo contencioso-administrativo; y en los casos espuestos ¿seria racional obligar al gobierno á dirigirse á los tribunales? ¿se podria sin peligro para el Estado sujetarle á las formas lentas y solemnes de la jurisdiccion ordinaria? No: en estas circunstancias y en otras muchas semejantes, es necesario para la instruccion y exámen de esta clase de negocios un modo de proceder especial y particular, una especie de tribunal, que como el consejo de Estado se halle, digámoslo así, en el gobierno; que tenga su espíritu, y á veces su secreto, y cuya marcha rápida esté siempre de acuerdo con lo que exigen la seguridad del Estado y las necesidades de la sociedad.»

Decíamos tambien que la administracion es interior y exterior; esta subdivision se comprende con solo enunciarla: es interior cuando se ocupa de proveer á las necesidades públicas dentro del territorio; exterior cuando fuera de él verifica esto mismo.

La administracion, una en su origen, múltiple en la forma de su aplicacion, debe tener algunas cualidades generales para cumplir convenientemente con la mision que le está designada.

Diferentes escritores la han reseñado, nosotros la reducimos á dos, independencia y actividad: la primera le es grandemente necesaria, porque la administracion tiene que cumplir un fin peculiar suyo, y todo el que esto tiene que hacer, necesita independencia; si se encontrase sujeta á extraños elementos podrian sobrevenirle obstáculos que la entorpeciesen en su marcha, lo que la desmoralizaria por completo, puesto que siempre debe obrar por voluntad propia: claro es que ha de ser tambien responsable de sus actos, puesto que todo el que ejecuta lo que se propuso tiene que serlo, porque los derechos y las obligaciones siempre son reciprocas.

La actividad es á la administracion lo que es el aire á la vida, su primer elemento imprescindible; que la ad-

ministracion duerma y las naciones habrán de perecer, porque en esos conflictos sociales, que con frecuencia ocurren, es preciso, no solo la actividad individual, sino la del Estado, regularizada, obediente y pensadora, que por medio de la division del trabajo acuda á todas las necesidades, cumpla con todos sus deberes, y sin cansarse nunca, evite en lo posible el mal acaecido. Que ocurra una inundacion, que una epidemia invada á un pueblo, que un conflicto económico cree una de esas crisis financieras que tantos males pueden ocasionar: que llegado uno de estos casos, deje la administracion de ser activa, y entonces veremos que la miseria y el luto hacen presa en la nacion que esto ocurra.

Estas son en nuestro concepto las dos grandes cualidades que la administracion ha de tener; algunos publicistas añaden que ha de ser centralizada, y en este punto existen varias y diferentes opiniones: unos, absolutos partidarios de este sistema, le presentan como la panacea administrativa; otros por el contrario, dicen que con ella es imposible un buen gobierno.

Nosotros, y permitásenos no aceptar ninguna escuela radical, creemos que en ambos se exagera de una manera muy marcada.

La centralizacion no puede admitirse ni estudiarse como una cualidad que debe ó no acompañar á la administracion; la centralizacion constituye un sistema que puede aplicarse de una manera mas ó menos absoluta y segun lo exija el imperio de las circunstancias; á veces es necesaria, á veces perjudicial é inútil, en los conflictos interiores, cuando la revolucion y el trastorno social amenazan destruir el bienestar general, la centralizacion es necesaria para destruir de un solo golpe con mano fuerte los males que puedan sobrevenir; en otros casos, en el de una invasion extranjera, por ejemplo, la centralizacion seria absurda é imposible, puesto que para oponer aquella la conveniente resistencia seria preciso que la iniciativa partiera de diferentes puntos, segun lo exigiesen las circunstancias y lo permitiesen las localidades.

Por regla general la administracion debe ser suficientemente centralizada, para que la unidad nacional sea un hecho, y para que el Estado pueda entender en todo sin ser abandonado ni tiránico.

Al prudencial arbitrio de los gobernantes tiene que dejarse el aprecio y ponderacion de las circunstancias que han de influir para que la centralizacion sea mas ó menos absoluta, y en este punto como en otros muchos es imposible determinar teóricamente y *a priori* la conducta que debe seguir un buen gobierno.

Hemos terminado lo que podiamos llamar prolegómenos administrativos, es decir, las nociones generales que juegan en todo, sin que puedan referirse á una parte mas que á otra; pero cuyo conocimiento es necesario para estudiar de una manera conveniente la ciencia de la administracion pública.

II.

Al emprender los estudios administrativos, no es necesario conocer las autoridades de este poder, su número, orden y atribuciones, y las personas, cosas y acciones sobre las que aquellos pueden y deben estender su accion.

Estudiaremos, pues, estas autoridades segun el orden de su categoria.

En las monarquias constitucionales, el rey es su primer magistrado: no podemos nosotros entrar á discutir aquí las diferentes formas de gobierno; este estudio no nos parece oportuno hacerlo ahora, porque tendríamos que entrar en consideraciones que reservamos para otro lugar; puesto que en el libro tercero, al ocuparnos del derecho público, trataremos con la detencion posible esta materia.

En el tercero, pues, del derecho constituido y aceptando la forma de gobierno que hoy nos rige, decíamos que el rey era el primer magistrado de la monarquía; sus atribuciones son importantísimas y la Constitucion del Estado, en su título 6.º, art. 42 y sucesivos, nos las hace conocer de una manera terminante; son los siguientes:

Promulgar las leyes, es decir, hacerlas conocer en todos los ámbitos de la monarquía: la promulgacion no es mas que la voz viva del legislador, no es ni puede ser el legislador mismo; el rey con las Cortes hace las leyes, pero el rey, solo como jefe supremo del poder ejecutivo, es el encargado de hacer que se conozcan y se cumplan.

Espedir los decretos, reglamentos é instrucciones para la ejecucion de las leyes.—No puede racionalmente menos de admitirse como necesaria esta facultad en el poder ejecutivo, y siendo la mas importante, racional es tambien que sea el rey, supremo magistrado, el que la tenga; los decretos y reglamentos son necesarios, porque las leyes, que siempre tienen que ser obligatorias, generales y estables, no pueden descender á los casos particulares ni á las minuciosidades que son imprescindibles cuando se desciende al terreno de la practica, y porque seria absurdo pretender que en una ley general se pudiesen prever todos los casos: son, pues, imprescindibles los decretos, reglamentos é instrucciones para llenar los vacíos de las leyes, hacer posible su esplicacion y aun legislar algunas veces. Por-

(1) Heurion de Paussey: De l'autorité judiciaire en France, tomo II.



J. Adisson, armero. D Owen, artillero. J. Connor, oficial. E. A. Maffit, piloto. Mr. Bullock, maestre. El cap. Semmes. J. T. Fullon, marinero. D. C. Cuddy, artillero. El teniente Keller, oficial principal. W. M'Clelland, marinero. C. Stasen, oficial. R. Longshew, marinero. J. Brosman, marinero.

OFICIALES Y TRIPULACION DEL ALABAMA QUE DESEMBARCARON EN SOUTHAMPTON.

que electivamente; en las monarquías constitucionales, donde las leyes se hacen en las Cortes con el rey y donde las cámaras no están unidas siempre ni siempre abiertas, puede suceder que mientras que estas se hallan sin reunir ó suspendidas sus acciones, hay necesidad de legislar en alguna cuestion importante que no admite demora: entonces son necesarios los reales decretos, que despues son presentados á la sancion de las Cortes, y cuya necesidad y consecuencia no pueden ser puestas en duda.

Los reglamentos y las instrucciones bienen á dar vida á las leyes y hacerlas posible en su aplicacion. Como arriba hemos dicho, la ley no puede descender á las minuciosidades de la práctica y sin estas minuciosidades la ley es imposible: al poder ejecutivo corresponde moverlas y el poder ejecutivo es, por consecuencia, el encargado de dictar los reglamentos é instrucciones que crea necesarios.

Cuidar de que en todo el reino se administre pronta y cumplidamente la justicia.—Esta facultad puede considerarse como el corolario de la elevada dignidad del rey, representante permanente de la nacion, que teniendo la atribucion propia de promulgar las leyes, es natural presida á su cumplimiento, no solo en la parte puramente administrativa, sino tambien en lo judicial; puesto que como jefe del poder ejecutivo, ejerce sobre las demás la superior inspeccion que la ley fundamental le concede; y como en todas las leyes tiene participacion mas ó menos directa, interés y hasta obligacion debe tener en que se cumpla: en su nombre, pues, se administra justicia y él es el encargado de nombrar á los magistrados que han de administrarla.

Indultar á los delincuentes con arreglo á las leyes.—Esta facultad constituye para nosotros el mas bello floron de la corona. La palabra perdon siempre es grata al corazon humano, y

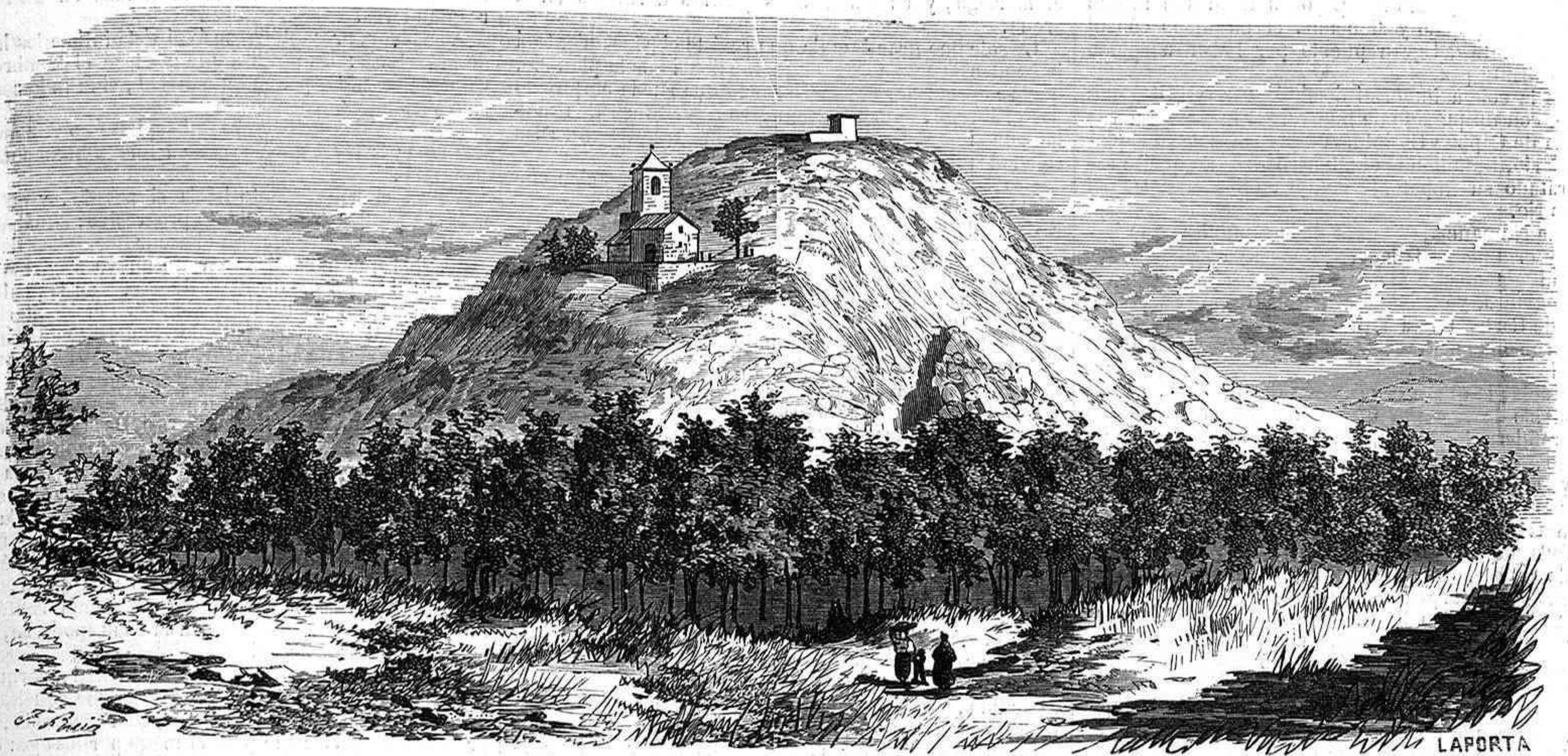
nada mas hermoso que el que haya posibilidad en el supremo jefe del Estado para abrir el camino del arrepentimiento por medio de un acto generoso, al que algunas veces, mas desgraciado que criminal y mas irreflexivo que malévol, cometió uno de esos delitos que la ley no puede dispensar, pero que la misericordia puede algunas veces absolver.

Declarar la guerra y hacer ratificar los tratados de paz, dando despues cuenta á las Cortes.—Siendo como es el rey el encargado de velar por la salud y seguridad del Estado, es lógico que sea el árbitro en declarar la guerra y hacer la paz. Razones de alta conveniencia política le dan atribuciones, porque solo el poder ejecutivo puede tener datos para graduar la importancia de los acontecimientos exteriores, y decidir el momento en que conviene declarar la ruptura con otra nacion. Esto, no obstante, cuando las Cortes están reunidas, y sin renunciar á la facultad que la Constitucion concede al rey, puede ser conveniente consultar la voluntad de la nacion por medio de las cámaras, puesto que la importancia del acto es muy grande, y su interés tan general, que no puede dudarse, de que si bien necesita unidad en la accion, y por consecuencia unidad personalidad en la autoridad que dicta esta medida, es al propio tiempo muy provechoso al contar con el asentimiento general y el consejo de los hombres experimentados.

Disponer de la fuerza armada, distribuyéndola como mas convenga.—En el estado político y social que hoy se encuentra el mundo, es imposible prescindir de los ejércitos permanentes. Tal vez cuando el imperio del talento y el adelanto y generalizacion de los conocimientos filosóficos, hayan producido una civilizacion mas completa y mayor respecto á la propiedad y á la moral en todas sus manifestaciones, sea posible prescindir de ellos; pero hoy, cuando la Europa es militar, completamente militar, cuando vemos que no pocas veces la fuerza impera contra el derecho y las nacionalidades perecen oprimidas por la invasion extranjera, seria imprudente y peligroso querer prescindir de una institucion indispensable que garantiza el orden en el interior, la independenciam en el exterior, que es la base de la au-



MR. WINSLOW, CAPITAN DEL «KEARSAGE.»



RUINAS DE NUMANCIA.

tonomía nacional, y que ha dado dias muy gloriosos á la patria. Además, para que la industria, el comercio y las artes se desarrollen y prosperen, es necesario tener tranquilidad en el interior y respeto allende las fronteras de los mares, y esto, en el actual orden de cosas, sería imposible sin el ejército permanente.

(Se continuará)

JUAN VALERO DE TORNOS.

UNA VISITA A NUMANCIA.

Soria, la antiquísima capital de provincia, que siente hervir en todos sus confines el utilitario vapor, y apri-

sionada cual otro Prometeo, no acierta á desligar los lazos que la condenan á vivir en amargo aislamiento, abriga en su seno las ruinas del gran pueblo numantino, cuyo nombre se invoca siempre que es preciso sostener vivo el sentimiento de independencia nacional, ó enorgullecerse con el recuerdo de las glorias patrias.

A saludar la pequeña ciudad de la Celtiberia, grande por sus hazañas estendidas por el mundo, como la luz que inunda lo infinito del espacio, salimos de la callada ciudad que da su nombre á la provincia, en una de esas serenas y melancólicas tardes otoñales en que el astro rey iluminando con tibios resplandores la campiña y el ropaje amarillento que baña los marchitos campos, conmueven tristemente anunciando un despiadado cambio de estación.

Caminando hácia el Norte por medio de un paisaje árido y triste como un corazón desilusionado, llegamos bien pronto al pueblecillo de Garray (*lugar quemado*) segun su etimología y cruzando el bien conservado puente romano que forma el mas lucido adorno del reducido pueblo, nos vimos al pie de un negruzco cerro que refresca su pie en las ondas del magestuoso Duero.

La solitaria montaña que se erguia al anera sobre nuestra mirada, era la base de aquel pueblo, que por mas de tres lustros desafió la soberbia de las legiones mas poderosas del mundo, y que despues de haber probado su fiereza, auxiliando á sus vecinos, se veia solo, para resistir á todo el poder romano.

En esa pelada eminencia que domina la llanura, miró Flavio estrellarse sus treinta mil guerreros y sus terri-

EN LOS CAMPOS ELISEOS.



—Ah! como me recuerdan sus facciones las de aquel que mató mis ilusiones!



—Perdidos en el bosque nos hallamos, consultemos la brújula y salgamos.

bles elefantes: á su pie se vieron destrozados los ejércitos de Marcelo y Quinto Pompeyo humillados lo mismo que el fogoso Popilio y Mancino, el afrentado cónsul desnudo delante del gran pueblo por haber aceptado una humillante paz.

Esa es la colina inmortal donde Megara y Retógenes y Aluro, con un puñado de guerreros, lucharon con la grandeza de Cápuá y Corinto, aunque faltos de su riqueza y poderío, humillando al altanero africano que miraba retratado su impotente coraje en los cristales del enemigo río.

Esa fue Numancia, el terror de la república, que impenetrable y erguida en la ladera donde se dibujaban sus cuatro mil gigantes, veía con sonrisa al senado sorteando sus legiones, y enviando á Escipion Emiliano, al destructor de Cartago, y á Yugurta y Mario y casi toda la nobleza romana, á acosarla por el hambre y por todos los medios imaginables.

Numancia, la que preconiza el valor español, el héroe pueblo de mártires que al derrumbarse envuelto en su grandeza, legó á la posteridad sin par ejemplo de heroísmo, y al conquistador en holocausto, cadáveres, fuego y cenizas...

Lleguemos á las ruinas.

Pisemos con religioso respeto despues de serenar la enturbiada pupila, la bendecida tierra cernida sobre el abrasado pueblo.

Subamos la escarpada pendiente para admirar el monumento que habrán levantado sus sucesores, donde fue el portentoso asedio, que los hijos de las futuras generaciones vendrán tambien á hacerlo

Ya estamos en la cima.

Detengamos el paso para contener la cansada aspiración, admirando un momento el severo paisaje que se estiende debajo del caprichoso precipicio.

Llanuras dilatadas amarilleando en los pedazos de tierra donde el labrador arrancó las doradas espigas; kioscos de mil colores, aprisionando blancas casitas medio veladas por gigantesco álamos, y simulando pequeños oasis en medio de la entristecida campiña; reducidos lugarcillos se miran bañados por los postreros rayos del sol, y mas lejos las azules lomas de los montes envueltas por las nubes que ruedan perezosas entre cambiantes de fuego. Y las esquilas de los rebaños que seestean por las laderas de la sierra; los penetrantes graznidos del ave de rapiña que pasa surcando los aires, el soplo helado del cefirillo perfumado por los tomillos, y los negros borbotones que vomita la chimenea del campesino, dando vida á aquel paisaje, elevan el ánimo transportándolo á un mundo deslumbrador.

Mas dejemos las ilusiones del sentimiento por las miserias del positivismo.

Estamos en las ruinas de Numancia. Mirad lo que resta del sepultado pueblo.

Masas disformes, cuya apretada y seca levadura, ha convertido la acción de los siglos en calvas eminencias y pequeñas simas, humedecidas por las nieves que recogen en invierno los vendabales tan frecuentes en la comarca.

Pedazos de tierra removidos por el codicioso labriego que rebusca los metales que entendió existían enterrados, y profundas escavaciones con que hirió las entrañas del terreno la acerada piqueta del obrero descubridor de indicios arqueológicos.

Tambien tropieza el apenado viajero que cruza la reducida necrópolis evocando los manes de sus antiguos moradores, con las desquiciadas viviendas enseñando sus interiores distribuciones, las revueltas calles, las quebradas columnatas, las medio borradas inscripciones, y detiene la planta para mirar un seco algibe, una ánfora caprichosa, ó montones de calcinados huesos.

Y allí, en medio de las removidas ruinas, empinándose un poco encima de los sillones echados en la tierra que se agarra á sus bordes inferiores, la sencilla base de un monumento proyectado, de una pirámide empalizada há mas de veinte años.

¡Triste es decirlo!

Soria, la histórica ciudad, tan esforzada y ardorosa cuando enviaba las milicias de sus concejos á derrotar al árabe enemigo en las Navas y Calatañazor, indolente hoy sobremanera y entregada á rivalidades mezquinas, se ha cuidado muy poco de pedir que se levante un monumento digno de las glorias de los numantinos.

Hace algunos años que los sucesores de ese pueblo de titanes, se encaminaron á las ruinas venerandas para fijar la base del obelisco que iba á servir de santo orgullo y satisfacción honrosa á las generaciones que llegarán á visitar la tumba de Retógenes y los suyos inmortalizados en la historia del mundo.

Y desde entonces, ni por esfuerzos de los hijos del país, ni por la nación entera, tan interesada en que resplandezcan las brillantes hojas de sus glorias, se han levantado de la tierra para aproximarlas al cielo, las moles de granito que pesan sobre la cumbre de la montaña.

¡Punible abandono! las socavadas ruinas, sin ostentar en su recinto mas que las huellas de la devastación, obligan al *tourista* entristecido á doblar al suelo la cabeza.

No puede erguirla como en Egipto ó Rodas, porque aquí no oscurecen el aire, ni las maravillosas pirámides, ni los colosos perdidos en el celaje. Solo encuentra el

sangriento poema, escrito en los terrenos rayados por el labriego, y en las heladas piedras dormidas en la arena.

La solemne grandeza de que reviste el pensamiento á la bendecida colina, y el augusto silencio de la planicie, quebrado solo por el áspero cardo que rueda empujado por el ábrego, sumergían nuestro espíritu en una melancolía imponderable al mirar tanta tristeza entre las soledades de las ruinas.

Descendimos á la llanura, herida la imaginación con mil pensamientos que lucharon impotentes al quererlos revestir de las formas del lenguaje.

Y luego, cuando la noche empezaba á velar el firmamento, perdidos en la oscuridad de la campiña, con la vista en el cerro que habíamos visitado, se nos escapaban del pecho palabras débilmente articuladas. ¡Numancia! ¡Numancia! Si la indiferencia de la nación á quien legaste tu refulgente gloria, no erige un digno monumento que ayude á perpetuar tu grandeza, no penes de amargura, que los buenos llevan tu nombre y tu recuerdo dentro del corazón que Dios les dió para albergar los mas nobles sentimientos.

ANTONIO PEREZ RIOJA.

OFICIALES Y TRIPULACION DEL ALABAMA.

En el número pasado dimos la vista del combate del buque confederado *Alabama* con el federal *Kearsage* y la relación de este combate en que el primero quedó destruido, yéndose á pique. La tripulación y los oficiales se salvaron en botes franceses é ingleses y en las lanchas de su contrario; y algunos llegaron á Southampton poco tiempo despues, donde inmediatamente fueron fotografiados todos estos combatientes para satisfacer la ansiedad de un público ávido de sensaciones que deseaba conocer á los héroes del singular desafío. En este número reproducimos los retratos de los oficiales y marineros del *Alabama* desembarcados en aquel puerto y damos tambien el del capitán del *Kearsage*. La conducta de este jefe ha sido objeto de gran controversia en los periódicos ingleses. Se le ha acusado de haber desafiado al comandante del *Alabama* sin informarle de que su buque estaba forrado de hierro. Mr. Winslow (el capitán del *Kearsage*) ha respondido á este cargo y vamos á dar un extracto de su contestación. Dice en primer lugar que no es cierto que desafiase al capitán Semmes del *Alabama*; al contrario este le envió á decir que pensaba atacarlo, y que necesitaba dos dias para hacer sus preparativos, tuviera la bondad de no salir de Cherburgo hasta pasados los dos dias. Las baterías del *Alabama* tenían un cañón mas que las del *Kearsage*, el cual no cuenta sino con siete: el *Alabama* estaba igualmente protegido que el *Kearsage* por obras de hierro; y en cuanto á tripulación, contaba con 150 hombres, siendo 160 los del *Kearsage*. Las condiciones, pues, de los combatientes, segun el capitán Winslow eran análogas.

En el combate, luego que estuvieron en aguas neutrales, el *Kearsage* maniobró directamente sobre el *Alabama* para el abordaje, y en el trayecto el *Alabama* le disparó dos andanadas y parte de otra sin causarle daño. Entonces fue cuando el *Kearsage* recibió 28 tiros que le hicieron poco daño. Todo lo que se ha dicho de que el *Alabama* hacia fuego todavía mientras seestaba hundiendo, es pura fábula, segun afirma el capitán Winslow, á quien dejamos la responsabilidad de este aserto, si bien no tenemos dificultad en creer que los franceses hayan dado relaciones exageradas, pues que llegaron á decir que eran franceses muchos combatientes del *Alabama*. El capitán Winslow añade que el *Alabama* al fin del combate arrió el pabellon y le envió un oficial diciendo que se rendía; y que estando en la maniobra de abatir las banderas é izar la blanca, fue cuando comenzó á irse á pique. El oficial enviado para la rendición obtuvo permiso para salvar á los náufragos; y habiendo recogido los que pudo, incluso el capitán Semmes, en vez de volver al *Kearsage* como prisionero, se refugió con ellos á bordo del *Deerhoundyacht* de la propiedad de un inglés, llamado Mr. Lancaster que habia ido allá con su mujer y sus hijos para gozar de la vista del combate. Mr. Lancaster mandó inmediatamente dirigir el rumbo á Southampton.

LOS CAMPOS ELISEOS.

Hablándome de ellos, me decia un amigo, cuyo relato copio:

En una de estas noches, de cielo limpio, de ambiente embalsamado, me paseaba yo por la alameda solitaria de la Fuente Castellana: estaba solo, y en la soledad acostumbré mi alma á remontarse: despues de hacerlo á ese espacio poblado de mundos refulgentes, se remontó á la cumbre sagrada de la historia: se recogió para meditar, en presencia del alma del universo, la mia se postró. Fueron poco á poco infiltrándose en ella innumera-

bles chispas de un fuego nunca sentido, y como ceñido de una aureola, el cerebro flotaba en un mar de resplandores.

A su favor, presentábase á mi vista íntima los hechos de la historia: las ideas á que obedece el hombre; los caminos seguidos por la humanidad, el mundo como ha sido y como es.

En medio de esa balumba, mi espíritu no veia mas que una cosa; la ley á que se ha sometido la humanidad: el progreso.

Volvia el pensamiento hácia el pasado, y en todas partes encontraba el adelanto progresivo: situábame en la India, y complaciame en el oscuro centelleo del pensamiento, que habia de crear un nuevo progreso en el Egipto: de aquí me dirigia á Grecia, y en la península, en las islas, en las colonias aisladas del Mediterráneo, en la gran Grecia, veia patente el adelanto de la humanidad: despues de admirarlo, me acercaba á las puertas de la ciudad eterna, y creia percibir el rumor de aquella vida poderosa, que de animadora de un cuerpo de pigmeo, se trasformó en vida universal. De la ciudad eterna me dirigia á esa comarca inmortal, corazón del mundo moderno, y de las márgenes del Jordan, y de la orilla del lago Tiberiade, volvia con la nueva idea; lamentaba la eterna oposición de lo viejo á lo nuevo, de la llaga al cauterio, y en vez de detenerme en la edad media, por creer detenida á la humanidad, creyendo á ésta en una gestación, mas gloriosa cuanto mas difícil, y llamando á aquella edad, la edad del recogimiento y la meditación, me desbordaba con la edad moderna, y venia á parar á nuestros dias.

Los ojos del alma no habian visto mal, porque los ojos del cuerpo veian patentemente lo que aquellos: me sentia deslumbrado... Yo no estaba en el mundo, y era preciso volver á él: me pasé la mano por los ojos: calmé la imaginación; miré con fijeza á mi alrededor, y ví á mi derecha un edificio circular, rodeado de plantas y de flores, á mi izquierda un paseo espacioso, mas iluminado, y mas pintorescamente, por la luz de farolillos fugaces que aparecian de repente y desaparecian como el relámpago, que por la luz de los faroles y por el gas que sustentaba su llama.

Ha sido la primera vez que al despertar de un sueño no me ha parecido repugnante la realidad: aquello ciertamente no era despertar; era seguir el curso de mi sueño; yo habia estado soñando con el progreso, y estaba manifiesto en lo que me rodeaba: cuando se duerme y se sueña, un movimiento es una nueva senda por donde se desborda la imaginación: en esa nueva senda se encuentra lo mismo, pero mas reducido, mas pequeño; de un espacio sin límites, descendié la imaginación á un espacio limitado; eso fue lo que á mi me sucedió: de los espacios descendí á la tierra; de la historia al presente; del progreso de los pueblos al de una ciudad: habia sido un viaje alrededor del mundo; volví al punto de donde habia salido: y esto es tanto mas exacto, cuanto que yo, en mis paseos por Madrid, no ceso de admirarme de la trasformación que la córte ha sufrido (debiera decir: *gozado*). Aquella noche, al pasar de la calle de Alcalá al Prado, de éste á la Fuente Castellana, me elevaba de reflexion en reflexion, al progreso universal, y al volver de mi viaje debia naturalmente encontrarme en el punto de partida; en el progreso de la córte. Habia despertado; habia vuelto de mi viaje, y estaba parado delante del circo del Príncipe Alfonso: ese circo no existia hace muy poco tiempo: el jardín que lo hermosea, tampoco; la casa de Moneda, los hermosos edificios que divisaba á lo lejos; los prados artificiales que han sustituido el erial que antes disgustaba á mis ojos; los coches que se aglomeran, que cruzan, que atropellan al viandante, todo me repetía «progreso.»

La inteligencia del hombre es amiga de las sombras, ó mas bien, ama la luz que ve detrás de las tinieblas.

Yo acababa de llenar mi corazón de ese manso placer que se asemeja al éstasis; de avivar mi fantasía con el fuego que la arrebató; de dar á mi espíritu un placer, tan difícil, que casi es imposible: el placer de hacer armónicas la idea y la realidad, y á pesar de esto, descontento de tanta luz, busqué las sombras; con cierto descontento de mí mismo, dije, cejijunto y con el labio inferior contraído duramente:

—¡Progreso!... ¡ilusión de mi deseo!... que se hacen cosas nuevas; que se ensanchan las calles; que se limpian las fuentes y se las ciñe en un plantel de flores; que se ocultan los yermos con árboles y arbustos; que se construye un circo, ridículamente aleado por dos celdas cuadrangulares; que se levantan arrogantes edificios públicos ó privados, casas todas de moneda; que se aumenta la población y la riqueza; que ésta produce el lujo y el aumento de carruajes... Eñhorabuena... ¿Y que tengo yo que ver con eso? ¿Dónde está el adelanto que yo busco? Si es esto el progreso, lo acato, pero no me detengo á admirarlo. Es otro el progreso que yo busco: el progreso moral: ¿dónde está éste? Hubo silencio en mi interior: me pareció que yo era por dentro un cementerio y me quedé sobrecogido.

Y como no hay pesadumbre mas enérgica que la que produce el bullicio exterior cuando el silencio domina dentro de nosotros, al oír á la gente que me rodeaba, y estudiaba las voces, los gestos, las sonrisas, las carcajadas, para tener razon en mi colera contra todo, reaccioné:

El agua de un torrente se desliza cuando nada la detiene; un peñasco la hace bramar, agitarse, desasirse, impeler violentamente, saltar por encima y despeñarse.

El alma es el torrente: en sus acciones sobra algo, empieza trabajando mansamente: un obstáculo inesperado la detiene: verificase la reaccion, y sobre lo que antes la detuvo, pasa, como el torrente, desbordándose.

La gente era el peñasco: yo, el torrente: indignóme aquella gritería; encolerizóme aquel júbilo; aguijoneóme aquella gozosa indiferencia que insultaba el estado de mi alma, y cuando la gente que paseaba me arrastraba consigo, y me echaba hacia atrás la que venía, y cuando tropezé con una silla, y luego con un hombre parado en medio del paseo, cubrió mi vista y mi razón un velo, y conteniendo una maldición, clamé dentro de mí, con mas fuerza que si hubiera gritado para todos:

—¡Madrid es un infierno!...

En aquel momento llegó á mis oídos el eco lejano de una música militar: busqué con los ojos para que no se equivocaran los oídos, y estos y aquellos me señalaron el lugar que ocupaban los Campos Eliseos.

Yo vi delante de mí una calle transversal, y la tomé, dirigiéndome á los Campos. Mientras caminaba, me decía, con la voz del arrepentimiento:

—¿Lo ves?... el progreso está en todas partes: hasta ahora, el paraíso había estado distante del infierno; pero el hombre ha comprendido que infierno y paraíso no son ideas antitéticas, sin duda porque dentro de sí mismo, lleva la seguridad de la correlacion de esas ideas, y ha situado el paraíso en medio del infierno.

A la salida del Erebo estaban los Campos Eliseos; respiré.

Detrás de mí, quedaban la noche; los ensueños que acababan de inquietarme, las furias implacables que, con el nombre de pasiones, desgarran el corazón de los condenados á vivir; delante... ¿qué había sucedido?... La entrada de los Campos estaba guardada por hombres vestidos de uniforme: como me empeñara en pasar, me repelieron, enseñándome un ventanillo que iluminaba un aposento reducido: creí que sería un adelanto hecho desde Pluton acá, y llamé al ventanillo... Salió á abrirme un hombre: aquello no era hombre, era el Cerbero: su ladrido era el rumor del oro y de la plata: sus mordeduras eran tal vez mas dolorosas que en la carne; en el bolsillo: me dió tres billetes y se llevó dos duros.

Los guardas de la entrada no me pusieron impedimento y penetré en los Campos...

¡Eran ellos!... la mansion de los felices de la poesía simbólica de Grecia!... Venía de la oscuridad y entraba en la luz; del calor, y entraba en la region de la primavera: venía del lugar de los tormentos, y penetraba en el de las compensaciones.

Estuve suspenso un largo rato, deleitándome en el pensamiento de los deleites que me esperaban: aquella multitud de luminas de tantos colores, de luz inofensiva, eran sin duda uno de los esfuerzos del señor de aquella mansion afortunada, para dar todos los placeres de la luz, sin privar á los objetos de los encantos del claro-oscuro: la luz del sol, ¿habría tan encantadora aquella arboleda, los hilos de agua de aquella fuente, aquella forma de mujer que personificaba uno de los placeres que me esperaban?

El afán de gozar me empujó, y anduve: me encontré muchas mujeres, que á pesar del claro oscuro, me parecieron mas feas que de lejos: encontré muchos mas hombres de los que yo creí encontrar en los Eliseos: y luego, aquella gente era de carne, y sobre todo de hueso, porque sus empujones molestaban á mi carne, y no creí yo encontrar en la mansion afortunada lo mismo que en la maldita.

Aquello era contrariarme, y empecé á masticar imprecaciones... Pero me encontré de repente en un lugar solitario, lleno de luz y de árboles y me desenojé. Aquel lugar convidaba á coloquios amorosos. Me acordé de Proserpina, y me decía:

¡Ah! si estuviera aquí, distrayéndose de la presencia del tiránico Pluton! Yo la hablaría, y con acento apasionado y gentil desembarazo: «Señora de estos campos, le diría, en donde, sin duda porque son vuestra morada, reinan la luz, el placer, el amor y la armonía, permitid que un caballero, enemigo de la iniquidad y el despotismo, tributándoos su rendida adoracion, contribuya á haceros olvidar al felon que os arrancó de los brazos de vuestra tierna madre, la providente Ceres, y de hinojos ante vuestra hermosura, bese la huella que deja vuestra planta.»

Vióse cumplido mi deseo caballeresco: al abrigo de un árbol, y sentada, estaba una mujer: yo me acerqué con la respiracion suspensa, y oyendo los latidos de mi corazón: era, en efecto, una mujer; pero ¡oh castigo! á su lado había un hombre... Me detuve un instante, y pasé mirando... las... las... Aquella presencia de una pareja, y aquella ausencia de Proserpina, me causaron una cólera violenta. Eché á andar, con el pensamiento detrás y la mirada adelante: árboles y luz: no veía mas; pero algo, era demasiado para mí: yo no quería acordarme de que estaba en los Campos Eliseos; y aquella luz y aquellos árboles me lo recordaban: estaba colérico y tenía empeño en desengañarme: me acerqué á un árbol... no era árbol: era un eunuco vegetal: miré fijamente una luz rosada, y el color no era de la luz, era del papel que la envolvía: «Aquello es un sarcasmo (dije, señalando al árbol): esto, una ridiculez muy vieja (dije, señalando al farolillo). ¿Y son estos los Campos Eliseos?»

El buen humor, es la reaccion del malo: estaba ya de buen humor, y olvidándome del progreso, que busqué al principio, y de Proserpina, á quien busqué despues, me propuse sacar partido de mí mismo, ya que aquellos Campos no me ofrecían ninguno.

Seguí andando por entre árboles eunucos, y á la luz de faroles embusteros, volviendo la cabeza por no ver los grupos que me recordaban al primero: á pesar de no querer, mi memoria retuvo el número de grupos, y tuve que saber que eran 49: ese era el número de las Danaidas, y me dije: «Son ellas: sus compañeros, los hijos de Egipto: ¿pues cómo están en los Eliseos? ¿No estaban condenadas al Tártaro? Y aunque fueran ellas, ¿en dónde han dejado sus puñales? ¿Cómo viven los hijos de Egipto?»

Y vi que estas dos últimas preguntas eran otras tantas impertinencias; porque si aquellas mujeres *amaban* en aquel momento á aquellos hombres, si estos vivían en aquel instante, no dejarían cada uno de ellos de tener clavado un puñal, cuando no en el corazón, en su bolsillo, ó en su dignidad. Cerca de las Danaidas, y acechando el asesinato de sus yernos, debía estar Danao, y lo busqué; pero como no lo encontrara, me dije:

—¡Ah! ese suegro artero está hoy en todas partes: se ha casado con las costumbres, y por eso hay tantas hijas suyas y tantos yernos, moralmente asesinados, en el mundo!...

Todo esto lo pensaba y lo decía yo con la risa en los labios y regocijo interior.

Vueltas y mas vueltas, pasos y mas pasos, me llevaron á un sitio que me pareció delicioso. Presentóse á mi vista un placentero llano, que hendiéndose á lo largo, bordeaba una ancha cinta de plata, un rio cristalino que corría sesgamente, perdiéndose en una vuelta que incitaba á seguirlo, y á abandonarse á su curso. Parecióme magnífico aquel rio: era sin duda el del olvido: me resolví á olvidar; había un batel cerca de mí, y me embarqué... Nunca he sufrido desengaño mas violento: yo iba á olvidar, y vi que lo que aquellas aguas llevaban era el recuerdo... El hombre que ocupaba el batel me dijo, que no se podía entrar sin dar una moneda. «¿Cómo! le dije yo, ¿tambien en el Leteo se paga? Pues si lo que aquí se olvida es todo menos eso, ¡maldito si en la vida se está peor que aquí!» Y yo seguía acomodándome en la lancha, (que ya no me parecía batel). El barquero me dijo con tan malos modos, que pagara, que yo monté en cólera, y le dije:

—¡Miserable Caronte!...

—¡No me insulte usted! ¡El Caronte lo será usted!...

—Miserable Caronte, repito; ¿por qué vienes á engañar á las gentes, diciendo que este es el Leteo?

—Yo no he dicho eso, este es lago de los Campos...

—Pues eso, miserable, que tu llamas lago, es el rio Leteo, que corre por los Campos Eliseos...

—Pero, señor, si esto no es rio; si aquí no había agua hasta hace poco, que para divertir á ustedes, pensó en ponerla la comision...

—Pluton querrás decir; pues, justamente: Pluton, para distraer á Proserpina, hizo que el Leteo le produjera el olvido...

—Pero paga usted?...

—Te digo que no, Caronte: vete á engañar á tu amo.

Era indudable, que sin yo sentirlo, había llegado á los confines del Infierno: además de que si visto de cerca, el rio se parecía en lo oscuro al Aqueronte, y aquel hombre, en lo brusco, á Caronte, todas aquellas cabezas agrupadas alrededor de nosotros, con los ojos fijos, con la boca abierta, empujándose, atropellando el de atrás al de delante y este á nosotros, eran almas que esperaban su paso por el rio.

Por alejarme de ellos, pagué á Caronte mas de lo que me pidió, y pocos momentos despues, olvidándome de los Eliseos, y pensando en otros campos mas hermosos, en la Atlántida que Platon adivinó, me acordaba de sus rios, de sus campos, y á fuerza de recuerdos me deleitaba.

Sentí que el rio se acabara, á pesar de que la barca era molesta, y cuando pisé tierra firme, me propuse salir de los Eliseos. No pude hacerlo porque me lo impidió la curiosidad; encontré en mi camino un palomar grandísimo, que por estar muy alumbrado y casi en medio de los Campos, se me puso en la cabeza que había de ser el palacio de Pluton. Busqué letreros, y encontré uno grande que decía... «de Rossini.» Indudablemente faltaba una palabra, y esa palabra era palacio.

Pero aquel Rossini... ¿desde cuándo se llamaba Rossini, el Dios de los Infiernos? Era para volverse loco: resolví no pensar y penetrar en el palacio, que ya por dentro no parecía un palomar; pero yo estaba destinado á ser manoseado, y un hombre me cogió por la levita. Yo me acordé de uno de los billetes que había tomado, lo dí, lo recibieron, y pasé.

Este si que era el palacio de Pluton: en medio de la sala estaba Aretusa, convertida, por chismosa, en fuente; siendo el Dios tan vengativo, natural era que tuviese un placer viendo constantemente los efectos de su venganza.

Me senté en una butaca y me puse á buscar á Pluton y á Proserpina: no encontré mas que un busto con el misterioso nombre de Rossini. Dejé de ver para oír: oí

una música pomposa, magnífica, Rossiniana... Lo comprendí todo, y al ver resucitar al noble enemigo de Gessler, al benemérito de Urí, grité: «¡Libertad, libertad!»

No encontré ni á Pluton, ni á su mujer, ni al salir de los Campos, los tuve por tales, y afirmé que el complemento del infierno de Madrid son los Campos Eliseos.

EUGENIO MARÍA HOSTOS.

El jueves último tuvimos el gusto de asistir á los exámenes y distribucion de premios celebrados en el colegio de señoritas establecido en Getafe, bajo el título de la *Inmaculada Concepcion* por las religiosas de Loreto; y salimos altamente complacidos de los resultados brillantes que presenta la enseñanza en este colegio.

Débase estos resultados en primer lugar al celo y esquisitos cuidados de la superiora y de las maestras, que saben ganarse el corazón de sus alumnas, y en segundo lugar á los buenos métodos de enseñanza que emplean; de tal suerte que fundado el colegio hace muy pocos años, ha llegado hoy y una prosperidad notable, rivalizando ventajosamente con los mejores de la capital.

El acto comenzó á las ocho de la mañana, y suspendido á las doce y media por dos horas, continuó hasta las ocho de la noche. En una sala contigua á la de exámenes estaban espuestas las labores de las alumnas, labores de las cuales muchas á juicio de personas inteligentes (porque ya se supondrá que nosotros somos legos en la materia) eran de un superior mérito.

Presidían el acto la superiora, el padre maestro de novicios del colegio de Escolapios y un profesor de Madrid, que dió muestras de muy entendido y competente en enseñanza. Los exámenes consistieron en largos ejercicios de doctrina cristiana, historia sagrada, historia de España, geografía, aritmética, gramática castellana, gramática francesa, declamacion en francés y en español, música y canto en francés, español é italiano; y en todos estos ramos gran número de educandas mostraron conocimientos que les habrían grangeado la nota de sobresalientes en cualquiera instituto, y habrían hecho avergonzar á muchos hombres barbados.

Terminado el exámen, se repartieron los premios. Bien quisieramos hacer mencion de todas las educandas premiadas; mas no consintiendo ni nuestra infeliz memoria ni los límites de este articulo, citaremos solo los nombres de las señoritas Rosario y Julia Herberos, Carlota Eyto, María Mantaud, Isabel Blanquez y Luisa Maroto que recordamos entre las que mas se distinguieron.

Terminaremos estas líneas felicitando á la superiora y á las maestras y enviando nuestra cordial enhorabuena á las alumnas y á sus familias.

RUSIA EN POLONIA.

(LEYENDA.)

VIII.

EL ALTER EGO.

Veneno de áspid es en sus labios.
(Salm. 13-4.)

Pablo no quería ya matar á nadie.

Llamado á juicio por la muda, pero elocuente voz de un muerto, miró con vergüenza la venganza y la sangre con horror, como siempre la mirara.

—Que viva, dijo. Y lo dijo con toda la seguridad del que teniendo la víctima á sus pies: Levántate, le dice... te perdono. ¡Gracioso arranque de un alma virgen, no contagiada aun en aquella atmósfera venenosa!

Pero si bien renunció á su venganza propia, no á la reparacion pacífica que la justicia humana le debía. Y en esto vamos á ver otro arranque mas sencillo todavía.

Por muerte del padre, claro es que el hijo mayor, el único hombre de la casa, era el guardador de la familia, la cabeza de la familia, decía el noble imberbe. Y discurrendo sobre esta cuestion de responsabilidad social, como un hombre hecho, sintió sobre sí todo el peso de una obligacion meludible: querellarse formalmente de los abusos cometidos: idea fija, permanente que, como un clavo, se hincaba entre sus sienes, y había que arrancarlo necesariamente para ver de dar paz á la conciencia.

Iba, pues, á querellarse.

¿A quién?

¿De quién?

Latía tan fuertemente en su corazón de niño el sentimiento innato de lo justo, que hasta creía injustificable al gran sicofanta ante el consejo rabínico del juzgador Mourawieff. Creía posible un imposible: en Rusia como en todos los Estados despóticamente regidos, la policía es irresponsable ante el gobierno que la inspira. El tribunal de esa entidad reo, no está en el gabinete, no, está en la calle... en la revolucion: es el gran abirato popular.

Y Pablo... ¡pobre Pablo, iba á querellarse á Mourawieff... de Mourawieff! No os estrañe; su corazón y su cabeza y el mundo y todo estaba lleno de la justicia de su causa: y el sencillo jóven veía solo esto; lo demás no lo veía: la juventud es así.

EN LOS CAMPOS ELISEOS.



—A Dios, mi bien, y vuélveme el sosiego.
—Te escribiré en llegando si es que llego!



—Yo meterme en tal pila, Jesucristo!
—Señora, este es un caso no previsto.

Pocos días dejó pasar en claro, firme en su resolución el pequeño jefe de familia: la obligación, que antes le hablara al oído, le llegó á hablar tan recio al fin, que no quiso esperar á convalecer de sus lesiones, y no esperó.

Flaco, descoyuntado, lívido y doloroso como un mártir desenclavado de su cruz, pero como el mártir, lleno de fe; sin luto en su exterior, pero con todas las sombras del duelo en lo que no se ve; un jóven oloroso de virtud, bellissimo, simpático, como un latido de pena, encarnado en un capullo de ya marchita flor, se interna en la ciudad, nueva Sion llorada por tantos Jeremías.

Ya habreis conocido... á Pablo... Pablo es.

¿Hacia donde se dirige?

Hacia el Divan.

—¿Qué hombre (va pensando) aunque se llame Mourawieff, será capaz de desoir la acusacion, que no yo, mi pobre hermana, deshonrada, desesperada, muerta, hace en aquella carta, con hiel y sangre escrita, respecto del infame forzador?... Nadie... nadie... No me quejaré por mí; pero por mi hermana... ¡Oh! al cielo clamaré. Y por mi padre, y por mi madre, y por mi hermanillo. Justicia... justicia... justicia...

Andando así en reflexiones análogas, llegó á la... sublime puerta, custodiada noche y dia por dos centinelas rígidos, inmóviles y fieros, como dos osos de piedra, derechos sobre sus dos pies de atrás, y allí hubo de esperar desesperado. Y nunca pasara ni el dintel, si con el brillo de algunos rublos no codiciara la vista de otro oso de carne y hueso, al parecer sargento de la guardia.

El sargento, pues, ó lo que fuera aquel bípedo, hizo el corretaje de justicia á trueque de los rublos exhibidos, amen de una petaca que nadie le exhibió, y Pablo pasó al vestibulo. Despues subió la escalera. Despues entró en una estancia, donde esperó una hora y otra, y otra hora; porque allí ya no alcanzaba la jurisdiccion del sargento.

Por fin, y por recomendacion de su propio anuncio, á que Pablo, no sin razon, daba todo el interés del servicio público, fue introducido á una antesala, donde requerido, palpado hasta en la planta de los pies por siervos del sub-autócrata, precaucion conducente á evitar una sorpresa armada, tuvo que esperar otra hora con testigos de vista, rígidos y fieros como las estatuas de la puerta... Sublime.

De repente otra puerta se abrió. De la puerta salió un hombre: del hombre una voz, tan dura y hostil y repulsiva, que Pablo se hizo atrás, cuando le decia: «¡Adelante!»

Entró al cabo cerca del Radamento, juez de un infierno cristiano, juez á quien con tanta fe buscaba, y... A los cinco minutos salió.

¿Qué pasó en este juicio de alta... de profunda apelacion?

Sigamos á Pablo.

IX.

EL JURAMENTO.

Perezca el dia en que naci y la noche en que se dijo: Hombre se concibió.
(Job. 2-3.)

El jóven andaba, andaba, sin marcarse un rumbo cierto: no discurría, y tropezando con las gentes, no veía.

Llevaba el vestido roto... una mejilla pálida... otra purpúrea, hinchada. Y un ojo lacrimoso y otro enjuto, y...

De vez en cuando, entre espuma de sanguinosa salivilla, escupía palabras oscuras, fulgurantes, terribles...

Y pasó aquella calle y otra, y otra y cien... vagó indeciso, perdido...

De pronto se volvió, desandando algunas calles, como si un recuerdo súbito le trazara una direccion ya cierta.

Llegó á una puerta que antes no mirara, y leyó maquinalmente el anuncio sobrepuesto en varios idiomas, cuya traduccion al nuestro era: «Enseñanza de lenguas.»

Aquí es, dijo. Llamó y entró.

La anciana que le abriera, lo saludó con amorosa franqueza.

El no contestó: no la oyó ni aun la vió. Fuése derecho á un gabinete, que él, como tantos otros alumnos frequentaba antes de la guerra, y en donde encontró, como esperaba, á un septuagenario reverendo, el padre Zyelinski, su maestro.

El venerable sacerdote con un libro en las manos y lágrimas en las mejillas, leía á la sazón un libro patriótico: el libro era la Biblia; el himno un salmo divino; salmo que han cantado todos los pueblos cautivos, desde Israel hasta Polonia.

«Sobre los rios de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, recordando á Sion.»

En las ramas de los sauces colgamos nuestras arpas. Porque allí nos preguntaron los que nos condujeron cautivos las palabras de nuestros cantares.

Los que nos cautivaron decian: Cantadnos el himno de los cantares de Sion.

¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña?

¡Si me olvidare de tí, oh Jerusalem, que olvide mi mano derecha!

¡Péguese mi lengua al paladar, si no me acordare de tí, oh Jerusalem!»

El buen padre leía ¡oh Polonia!

Y por aquí leía cuando Pablo apareció.

El sacerdote, al verlo, dejó el salterio y se levantó sonriendo con esa dulce sonrisa de piedad, que solo asoma á los labios suavizados por el óleo celestial de la oracion. Y fué á abrazarlo.

El jóven, anticipándose, se arrodilló á los pies del sacerdote, suspenso y...

—¡Padre! dijo, rompiendo á hablar como una fulminacion en lo fosco de las nubes, ¡padre, recibid mi juramento!

—Hijo, no tomarás, repuso el evangelista, no tomarás el nombre del Señor, tú Dios, en vano.

—No es en vano.

El sacerdote alzó al cielo los ojos y estendió como dos alas sus brazos temblorosos sobre el jóven, quien arrodillado aun, prosiguió diciendo:

—¡Juro por mi madre, por mi hermana, por mi honra... juro á Dios matar á Mourawieff!

El sacerdote se hizo atrás, recogiendo súbitamente los brazos; y con esa voz de fe, voz imperiosa, bíblica:

—¡Vade, Satanás! exclamó, mirando, no á donde estaba Pablo, sino á donde estaba Satanás.

—Ya lo juré, dijo el jóven levantándose satisfecho.

—¡Tu juramento es sacrílego!

—Sea.

—¡Non occides! ha dicho el Señor.

—¡Es preciso!... ¡es preciso!...

—¡No!

—¡Sí!

—¡Hijo!

—Decidme, confesor, ¿no fue pura, purísima mi hermana?

—Como un ángel de Dios.

—¿No es honesta, honestísima, mi madre?

—Sin sombra de pecado en su conciencia.

—Pues oid, padre, oid... oid...

(Se continuará.)

CECILIO NAVARRO.

GEROGLÍFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS.
IMPRESA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.